

SOLDADO ALADO

Un soleado y húmedo día de primavera después de un día de lluvia que dejó el campo fresco y lleno de vida. Estaba yendo a mi parcela para ver recoger los frutos de los árboles que la lluvia habría tirado el día anterior.

Acompañado por mi perro Milo llegué a la parcela, desbloqueé el candado de la verja y los dos entramos. Enseguida, Milo se puso a correr para encontrar cualquier palo que la lluvia hubiese arrancado y yo con un canasto iba recogiendo los aguacates, melocotones, limones y naranjas que estaban enterradas en el barro y las hojas secas. No llevaba ni 15 minutos y el canasto ya estaba medio lleno sin contar con las frutas que acabaron destrozadas en el suelo. Todo esto ya era una rutina para mí, ir al campo, revisar como estaban las plantas, jugar con Milo y reparar algo que se hubiese estropeado o estuviera muy viejo.

Iba hacia el último naranjo que me quedaba, donde estaba Milo pelando una rama caída como siempre, cuando vi algo amarillento en el suelo que estaba arrugado y lleno de barro. Lo desenterré le quité el barro que no estaba pegado y vi que era una carta. Era bastante sencilla, con una dirección borrosa y donde debería estar el nombre. El viejo papel se rasgó al intentar quitar el barro y al lado de este ponía una fecha, 1937. El papel tenía unas manchas rojas que parecían ser sangre seca. Terminé de recoger todo lo que se podía aprovechar y volví a casa.

Cuando llegué entré en mi habitación, me senté en mi escritorio y abrí la nota. La carta era de un soldado que le escribía a su madre:

Querida Madre:

Ayer en las trincheras después de una lluvia de tiros, compañeros y enemigos muertos, después de estar enterrado en metralla y de rozar la muerte hubo un silencio. Un silencio que dejaba descansar a tus oídos de tanta explosión y disparos y simplemente dejaba escuchar el relajante sonido del fuego y daba la esperanza de que la guerra había acabado. El silencio se rompió con el sonido de una persona arrancando los trozos de piedra y escombros del suelo al correr. Duró un rato, cada vez se escuchaba más y más cerca. Asomé la cabeza. Vi al enemigo correr, levantando y esparciendo la ceniza del suelo. Apunté con mi fusil y disparé. Una luz iluminó el rostro de la persona a la que le quitaba la vida.

Su cuerpo ya sin vida cayó a nuestra trinchera y el silencio volvió a hacerse. Pasaron varios minutos que parecieron ser horas mirando un cadáver. Pensé en su familia y amigos, pensé en cómo se sentirían su mujer y su hijo al recibir la noticia y pensé en cómo había arruinado la vida de una familia entera con un solo movimiento de dedo.

Le di la vuelta al cadáver para asegurarme de que era del bando contrario. Y sí lo era. Pero también era mi amigo Pedro. Uno de los mejores compañeros que tuve en el colegio con el que tanto jugué a soldados y a trincheras. Ahora el juego era de verdad y tenía a mi amigo muerto entre mis brazos.

Madre, la próxima vez que te escriba quizá sea desde el cielo. Estaré junto a Pedro y jugaremos de nuevo...pero no en las trincheras.

Hasta la próxima vez,

José.

Guerra civil española 1936-1939.